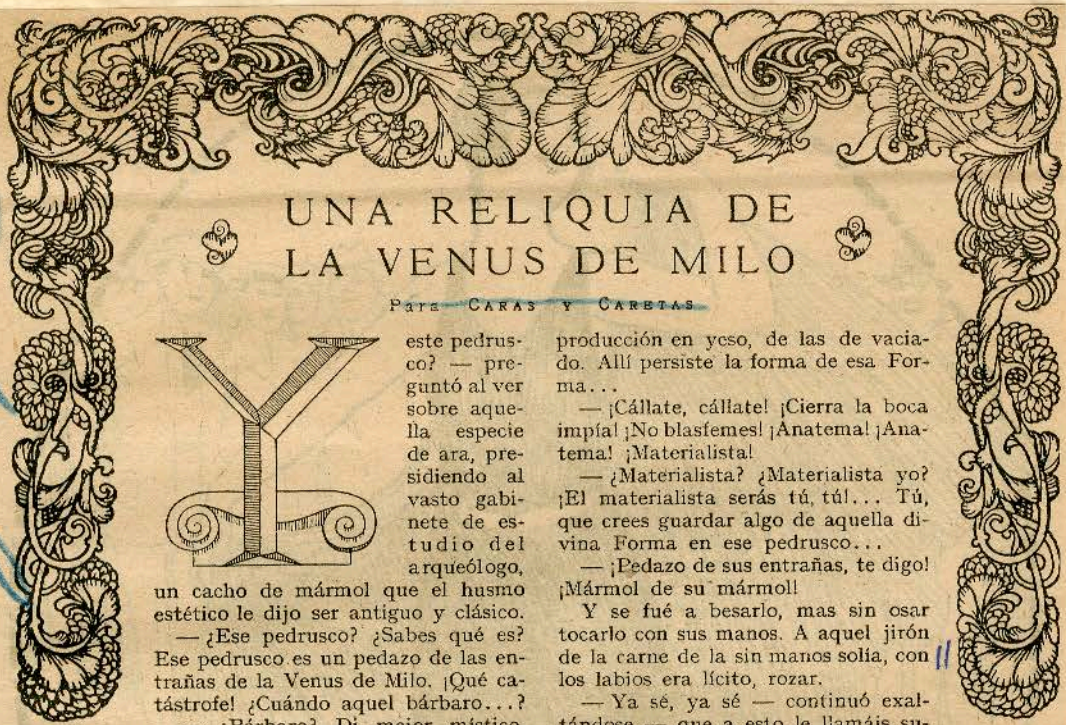




(Recogido en "de esto y de aquello" tomo IV)

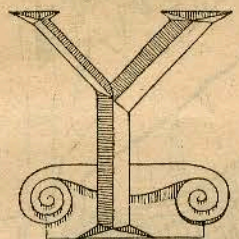
"Caras y Caretas" Buenos Aires 11 agosto 1923

11 29 19 23



# UNA RELIQUIA DE LA VENUS DE MILO

PARE CARAS Y CARIAS



este pedrusco? — preguntó al ver sobre aquella especie de ara, presidiendo al vasto gabinete de estudio del arqueólogo,

producción en yeso, de las de vaciado. Allí persiste la forma de esa Forma...

— ¡Cállate, cállate! ¡Cierra la boca impía! ¡No blasfemes! ¡Anatema! ¡Anatema! ¡Materialista!

— ¿Materialista? ¿Materialista yo? ¡El materialista serás tú, tú!... Tú, que crees guardar algo de aquella divina Forma en ese pedrusco...

— ¡Pedazo de sus entrañas, te digo! ¡Mármol de su mármol!

Y se fué a besarlo, mas sin osar tocarlo con sus manos. A aquel jirón de la carne de la sin manos solía, con los labios era lícito, rozar.

— Ya sé, ya sé — continuó exaltándose — que a esto le llamáis superstición o superchería y que os compadecéis de nosotros los fieles, los creyentes, los devotos, los que comulgamos en el divino mármol de Afrodita, los que nos hemos repartido los añicos a que se redujo su divino cuerpo cuando aquel bárbaro de la bomba...

— Un futurista discípulo de Marinetti...

— ¡Y un eternista yo!

— ¡Es decir que la eternidad está en el mármol y no en la forma?...

— Querrás decir en la figura... Porque la figura es ficción, y la figura es de fingir, o heñir que decimos en castellano...

— ¡Ya salieron los pedruscos filológicos! ¡Mala bomba le parta a la etimología y la haga también añicos!

— Y todo eso de las reproducciones en yeso — continuó el arqueólogo, sin oír a su antagonista aliado — es cosa de ficción, de heñimiento, de modelado... La reproducción es el pecado en el arte. La obra santa es única e irreproducible. ¡Las ediciones! ¡Odio las ediciones!

un cacho de mármol que el husmo estético le dijo ser antiguo y clásico.

— ¿Ese pedrusco? ¿Sabes qué es? Ese pedrusco es un pedazo de las entrañas de la Venus de Milo. ¡Qué catástrofe! ¿Cuándo aquel bárbaro...?

— ¿Bárbaro? Di mejor místico.

Porque fué un místico el que arrojó la bomba que la hizo pedazos. Y la bomba misma una obra de arte, y el acto de arrojarla un acto, un gesto, y él, el escultor...

— ¡Eh! ¡Un Eróstrato enano! Quiso inmortalizarse haciendo añicos, añicando, la divina Manca, ya que no lo lograba esculpiendo mujeres con brazos. Parece que el impío había pretendido ponerle brazos a la Diosa. ¡Figúrate, como si se tratase de un mutilado de la guerra! ¡Ponerle brazos a la Diosa! ¡Ponerle brazos a la Diosa! — Y alzaba los suyos, al exclamarlo, como buscando por encima del techo del gabinete la bóveda azul de Zeus el recogenubes.

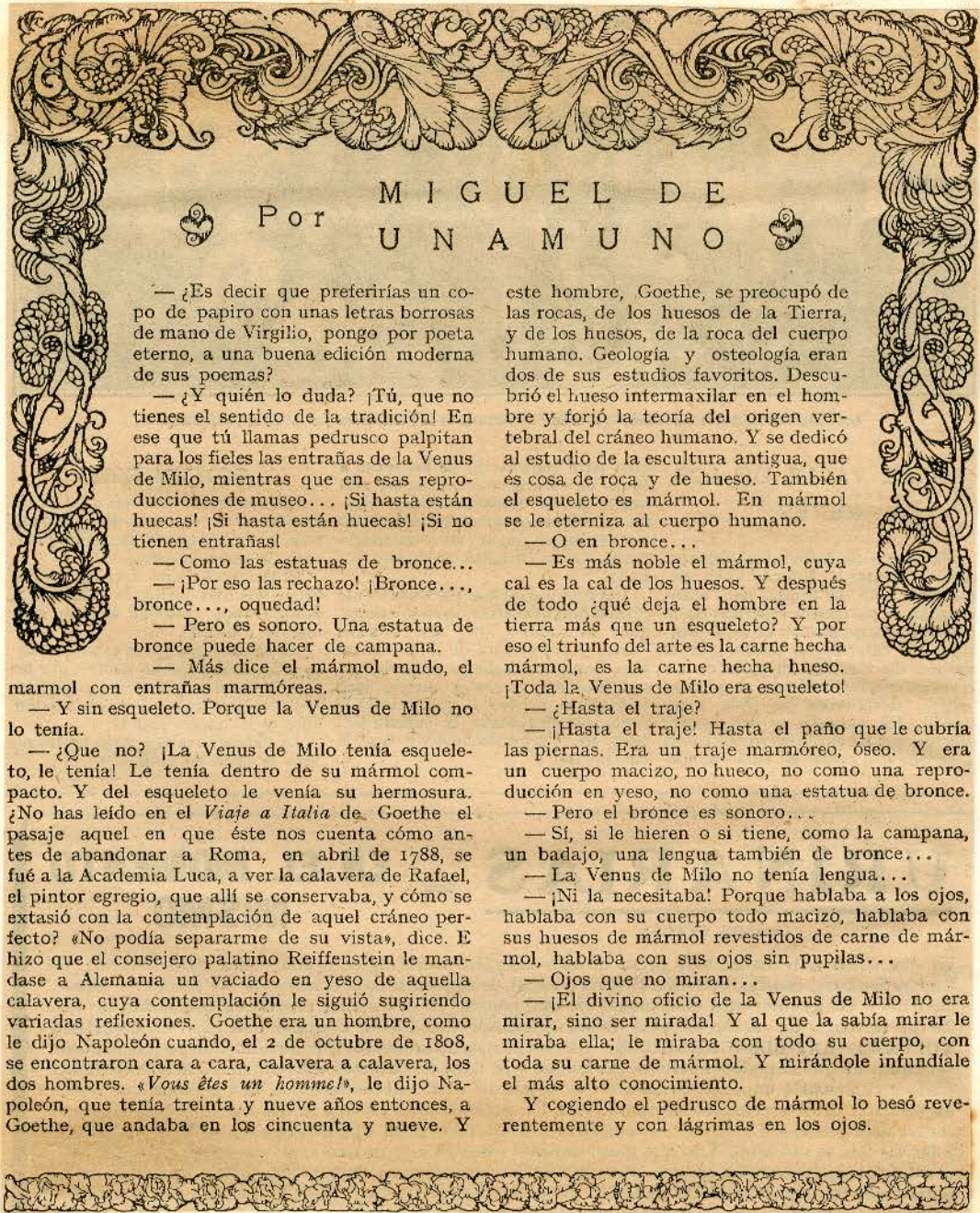
— ¡Y una mochada de la guerra fué la Venus esa de Milo! En la guerra perdió los brazos. Brazos que parecerán un día ahora que todo lo demás está hecho trizas. ¿Y tú adquiriste esa reliquia?...

— ¡Sagrada reliquia! ¡Talismán misterioso! ¡Sésamo del Olimpo! ¡Llave de la Belleza con la be mayúscula! ¡Aquí me encierro y contemplándola vuelvo a ver la eterna Forma, la Normal!

— Mucho mejor te habría sido comprar una re-

¡¡ sólo un en los libros con hecho





# Por MIGUEL DE UNAMUNO

— ¿Es decir que preferirías un copo de papiro con unas letras borrosas de mano de Virgilio, pongo por poeta eterno, a una buena edición moderna de sus poemas?

— ¿Y quién lo duda? ¡Tú, que no tienes el sentido de la tradición! En ese que tú llamas pedrusco palpitan para los fieles las entrañas de la Venus de Milo, mientras que en esas reproducciones de museo... ¡Si hasta están huecas! ¡Si hasta están huecas! ¡Si no tienen entrañas!

— Como las estatuas de bronce...

— ¡Por eso las rechazó! ¡Bronce..., bronce..., quedad!

— Pero es sonoro. Una estatua de bronce puede hacer de campana.

— Más dice el mármol mudo, el marmol con entrañas marmóreas.

— Y sin esqueleto. Porque la Venus de Milo no lo tenía.

— ¿Que no? ¡La Venus de Milo tenía esqueleto, le tenía! Le tenía dentro de su mármol compacto. Y del esqueleto le venía su hermosura. ¿No has leído en el *Viaje a Italia* de Goethe el pasaje aquel en que éste nos cuenta cómo antes de abandonar a Roma, en abril de 1788, se fué a la Academia Luca, a ver la calavera de Rafael, el pintor egregio, que allí se conservaba, y cómo se extasió con la contemplación de aquel cráneo perfecto? «No podía separarme de su vista», dice. E hizo que el consejero palatino Reiffenstein le mandase a Alemania un vaciado en yeso de aquella calavera, cuya contemplación le siguió sugiriendo variadas reflexiones. Goethe era un hombre, como le dijo Napoleón cuando, el 2 de octubre de 1808, se encontraron cara a cara, calavera a calavera, los dos hombres. «*Vous êtes un homme!*», le dijo Napoleón, que tenía treinta y nueve años entonces, a Goethe, que andaba en los cincuenta y nueve. Y

este hombre, Goethe, se preocupó de las rocas, de los huesos de la Tierra, y de los huesos, de la roca del cuerpo humano. Geología y osteología eran dos de sus estudios favoritos. Descubrió el hueso intermaxilar en el hombre y forjó la teoría del origen vertebral del cráneo humano. Y se dedicó al estudio de la escultura antigua, que es cosa de roca y de hueso. También el esqueleto es mármol. En mármol se le eterniza al cuerpo humano.

— O en bronce...

— Es más noble el mármol, cuya cal es la cal de los huesos. Y después de todo ¿qué deja el hombre en la tierra más que un esqueleto? Y por eso el triunfo del arte es la carne hecha mármol, es la carne hecha hueso. ¡Toda la Venus de Milo era esqueleto!

— ¿Hasta el traje?

— ¡Hasta el traje! Hasta el paño que le cubría las piernas. Era un traje marmóreo, óseo. Y era un cuerpo macizo, no hueco, no como una reproducción en yeso, no como una estatua de bronce.

— Pero el bronce es sonoro...

— Sí, si le hieren o si tiene, como la campana, un badajo, una lengua también de bronce...

— La Venus de Milo no tenía lengua...

— ¡Ni la necesitaba! Porque hablaba a los ojos, hablaba con su cuerpo todo macizo, hablaba con sus huesos de mármol revestidos de carne de mármol, hablaba con sus ojos sin pupilas...

— Ojos que no miran...

— ¡El divino oficio de la Venus de Milo no era mirar, sino ser mirada! Y al que la sabía mirar le miraba ella; le miraba con todo su cuerpo, con toda su carne de mármol. Y mirándole infundíale el más alto conocimiento.

Y cogiendo el pedrusco de mármol lo besó reverentemente y con lágrimas en los ojos.

